

# Derechos Humanos Hoy

Balance Internacional

Victor Abramovich  
Francisco Alba  
Federico Andreu  
Louise Arbour  
Hilary Charlesworth  
Robert T. Coulter  
Christian Courtis  
Francis Deng  
Paula Ettelbrick  
Thomas Hammarberg  
Günther Handl  
Hina Jilani  
Irene Kahn  
Julieta Lemaitre  
Sandra Liebenberg  
Cecilia Medina  
Hanny Megally  
Juan Méndez  
Siobhán Mullally  
Aryeh Neier  
Chidi Odinkalu  
Richard Perruchoud  
Fausto Pocar  
Mona Rishmawi  
Kenneth Roth  
Mary Robinson  
Albie Sachs  
Martin Scheinin  
Dinah Shelton  
Rodolfo Stavenhagen  
José Zalaquett  
Leo Zwaak



Facultad de Derecho  
Universidad de Chile



Centro de  
Derechos Humanos

# Sin Carencias Ni Temores<sup>1</sup>

**LOUISE ARBOUR:** *Jurista canadiense. Fue Fiscal Jefe para crímenes de guerra del Tribunal Penal Internacional para Ruanda y del Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia. Entre 2004 y 2008, se desempeñó como Alta Comisionada de Naciones Unidas para los Derechos Humanos. Actualmente, es miembro de la Corte Suprema de Canadá.*

Al conmemorarse el sexagésimo aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, hay mucho que celebrar. En las décadas posteriores a 1948, año en que se proclamó dicha Declaración, la Comisión de Derechos Humanos estableció una serie de tratados que le dieron cuerpo a los derechos enumerados en ella, incluidos los derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales, como también los estándares de igualdad y no discriminación destinados a proteger a las personas que podían ser víctimas de racismo, a las mujeres y a las personas con discapacidades, entre otros.

Todos los Estados han ratificado al menos uno de estos tratados internacionales de derechos humanos, mientras que el 80% ha ratificado cuatro o más de ellos. La adopción de las normas establecidas en la Declaración Universal, su posterior incorporación al derecho interno a través de leyes y su implementación, es un proceso que continúa desarrollándose tanto en el ámbito nacional como internacional, en el cual se han involucrado, de manera creciente, grupos regionales.

## Un bien común superior

Hay quienes afirman que lograr que la Declaración Universal tenga un alcance verdaderamente universal es, simplemente, un objetivo utópico. Estos críticos sostienen que la visión holística y el propósito común que se manifestó internacionalmente como reacción frente a la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto no se pueden conciliar con la creciente diversidad que existe en la actualidad. Las profundas y crecientes divisiones entre ricos y pobres, los que están armados y los indefensos, los poderosos y los vulnerables, los que han ido a la par del avance tecnológico y los analfabetos, los agresores y las víctimas, exacerban las divisiones culturales, religiosas y políticas.

---

<sup>1</sup> Título original: “Without Want or Fear”, publicado originalmente en *The World Today*, edición Agosto-Septiembre 2008 ([www.theworldtoday.org](http://www.theworldtoday.org)). El presente artículo se reproduce con la autorización expresa del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos. Traducción de Jennifer Ann Metcalfe.

Sin embargo, la propia Declaración Universal no se originó precisamente en un ambiente libre de conflicto. En esa época, había comenzado la Guerra Fría, China estaba devastada por la guerra civil, Medio Oriente se encontraba en llamas y, además, comenzaba a fraguarse la confrontación en la península de Corea. No obstante, los miembros de Naciones Unidas se mostraron capaces de superar su partidismo y sus respectivas preocupaciones para formular un bien común superior.

Como se sabe, en los últimos 60 años los miembros de Naciones Unidas se han triplicado, pasando de 58 a 192 países. Este incremento ha multiplicado la cantidad

**“Las leyes de algunos países y las prácticas de muchos, siguen permitiendo o tolerando la discriminación, destacándose la que sufren las mujeres y niñas, y la discriminación basada en criterios raciales”**

de programas, agendas y prioridades de la organización. Frente a esta realidad, es aún más imperativo reconocer que las normas de derechos humanos, que se hallan enraizadas en nuestra común humanidad y que intentan protegerla, constituyen la mejor base para alcanzar un real entendimiento entre diferentes países y pueblos. Son indispensables para

prevenir y contrarrestar flagelos que generalmente van de la mano, como la pobreza y la impotencia, la discriminación y la intolerancia que afectan la vida de millones de personas.

Cada uno de estos factores –o una combinación de los mismos– se encuentran entre los desafíos más arduos y tenaces para la concreción de los ideales planteados en la Declaración Universal. No obstante, dichos desafíos no son insuperables. Explicaré cómo un enfoque basado en los derechos humanos ayuda a enfrentarlos y también sostendré que debemos seguir contribuyendo a dar forma y aprovechar plenamente las normas y la maquinaria institucional creada por las Naciones Unidas para ayudar a los Estados y a los titulares de los derechos humanos.

## **Cerrando una brecha**

La pobreza sigue siendo la más grave, injusta y extendida de todas las violaciones a los derechos humanos. La pobreza y la exclusión se encuentran en la base –como causa y efecto– de los abusos, la indolencia y la discriminación y, a la vez, exacerban estos problemas. Le niegan a millones de personas el goce de sus derechos, incluido el derecho fundamental a tener una nutrición adecuada, como ha revelado crudamente la reciente crisis alimentaria.

Evidentemente, no hay solución mágica para derrotar condiciones crónicas y generalizadas de desigualdad económica e indigencia. Sin embargo, adoptar un enfoque basado en los derechos humanos en las estrategias de reducción de la pobreza, permite explicitar las obligaciones que deben cumplir los países para proteger a

su población. A diferencia de esquemas voluntaristas, este enfoque subraya las responsabilidades gubernamentales en la creación de condiciones eficaces para alcanzar el bienestar social. Asimismo, permite que los pobres participen en la definición de las políticas, hagan realidad sus derechos y obtengan reparaciones adecuadas en casos de que se produzcan abusos.

Todos los Estados deben comprometerse, en última instancia, a superar la división artificial –creada por las rivalidades de la Guerra Fría– entre los derechos civiles y políticos, por una parte, y los derechos económicos, sociales y culturales, por la otra. De este modo, se respetará el principio de la interrelación de todos los derechos contemplados en la Declaración Universal, al vincular el derecho a estar libres de temor con el derecho a estar libres de necesidad.

Los redactores de la Declaración Universal comprendieron que la marginación económica –que con frecuencia se ve empeorada a causa de estigmas sociales y culturales– impide una participación plena en la vida cívica y afecta la capacidad para influir en las políticas públicas y obtener justicia.

La lógica de bipolaridad geopolítica propia de la posguerra, socavó este enfoque unificado. Los países en vías de desarrollo sostuvieron que la necesidad de supervivencia –los derechos económicos, sociales y culturales– tenían prioridad sobre las limitaciones que los derechos civiles y políticos imponen a los Estados. En contraposición, los gobiernos occidentales mantenían una actitud cautelosa frente a esta perspectiva, ya que temían que sería un obstáculo para la práctica del libre mercado y/o impondría pesadas obligaciones financieras a los Estados. En consecuencia, optaron por favorecer los derechos civiles y políticos que habían desarrollado a través de sus propias tradiciones políticas y que, para dichos Estados, constituían la característica distintiva de la democracia.

Esta división sigue existiendo hasta el día de hoy, a pesar de que con el paso de los años la comunidad internacional ha sido sacudida repetidamente por circunstancias calamitosas como desastres naturales, gobiernos desastrosos o conflictos incontrolables, que han puesto penosamente en evidencia la interrelación entre todos los derechos y el efecto dominó que provoca la violación de un conjunto de derechos respecto de los otros.

En Birmania (o Myanmar), en Somalia, Sudán y Zimbabwe, por mencionar sólo algunos de los ejemplos que han captado la atención mundial, los efectos de la combinación perversa de la represión, junto con políticas que generan pobreza o con serias deficiencias de gobernabilidad, han sido dolorosamente manifiestos.

A una escala de menor intensidad, el efecto simultáneo del desprecio por los derechos civiles y políticos y los derechos económicos, sociales y culturales, es una realidad cotidiana en las vidas de innumerables víctimas. Generalmente, estas condiciones se sufren en medio de un silencio desamparado, pero otras veces conllevan el potencial de conflictos violentos y generalizados.

## **Denunciando los abusos**

Con el fin de proporcionar un foro adicional a las víctimas de las condiciones antes descritas, Naciones Unidas redactó un Protocolo Facultativo del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, aprobado por el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en junio de 2008. El nuevo protocolo finalmente crea para este Pacto un mecanismo de queja que permitirá denunciar los abusos de modo similar al que contemplan otros tratados sobre derechos humanos.

Este procedimiento puede parecer poco claro, pero al presentar una denuncia conforme al Protocolo, las víctimas podrán sacar a la luz los abusos y violaciones perpetrados por sus gobiernos, su incapacidad de prevenirlos y su negligencia en enfrentarlos. Todos los Estados deberían ratificar este Protocolo de manera urgente con el fin de promover la idea contenida en la Declaración Universal de que la dignidad humana sólo puede lograrse cuando las personas están libres del estado de temor y de necesidad.

## **Discriminación e intolerancia**

A la par con la pobreza –y generalmente vinculada a la misma– la discriminación es una de las formas más graves e incapacitantes de exclusión que brota de la denegación de los derechos fundamentales. En cada estándar internacional de derechos humanos se contienen, prominentemente, garantías de no discriminación. Sin embargo, las leyes de algunos países y las prácticas de muchos, siguen permitiendo o tolerando la discriminación, destacándose la que sufren las mujeres y niñas, y la discriminación basada en criterios raciales.

Históricamente, no ha habido suficiente comprensión acerca de la importancia de la diversidad, sino por el contrario, ha sido evidente la enorme dificultad para darle real cabida. Esto no sólo ha llevado a una erosión de los derechos de las minorías y al surgimiento de colectivos vulnerables al interior de determinados países, sino que también provoca la trasgresión de los derechos de individuos que cruzan fronteras, incluyendo a los refugiados y los migrantes. Los temores y las sospechas mutuas, exacerbadas por las preocupaciones por la seguridad internacional imperantes desde el 11 de septiembre de 2001, han expuesto a las minorías a riesgos y abusos adicionales, como la tortura y la limitación de sus derechos civiles.

La denegación de la igualdad en dignidad y derechos, basada en categorías tan irrelevantes como la identidad, la orientación sexual o la ascendencia –en el caso de la discriminación por castas– sigue afectando a millones de personas en todo el mundo.

En este escenario, y tomando en cuenta los cambiantes intereses y valores en nombre de los cuales frecuentemente se cometen actos discriminatorios, el derecho internacional de los derechos humanos proporciona la mejor orientación, la más confiable y equitativa, para proteger las múltiples identidades que cada uno de nosotros posee y los valores y principios que cada uno adopta, tanto para sí mismo como para los demás.

## Si no se usa, se pierde

La desconfianza entre los bloques regionales y la lógica que prima en ciertas alianzas por conveniencia –que se forman principalmente a lo largo de las ‘fallas geológicas’ norte/sur– contribuyeron a descomponer la Comisión de Derechos Humanos. El Consejo de Derechos Humanos fue creado por la Cumbre Mundial de 2005 para reemplazar a esta Comisión. Se esperaba que le diera nueva vida a las instituciones de derechos humanos a la luz de los abrumadores nuevos desafíos.

La característica más prometedora del Consejo es el Examen Periódico Universal, un proceso en el que se evaluará la evolución en materia de derechos humanos de los 192 integrantes de las Naciones Unidas. Con la participación activa de todos los Estados, dicho examen podría constituir un vehículo para examinar la implementación de los derechos y las normas de manera mucho más completa de lo que jamás haya intentado la Comisión, a la cual se acusó –correctamente– de adoptar un enfoque demasiado selectivo frente al desempeño de determinados Estados.

**“La pobreza sigue siendo la más grave, injusta y extendida de todas las violaciones a los derechos humanos”**

Si se solicita a todos los países que, en forma equitativa y transparente, rindan cuenta de sus falencias en materia de derechos humanos y adopten las medidas de reparación que indique el Consejo para poner fin a tales falencias, se hará evidente que es un organismo muy distinto que su antecesor. Esto disipará las inquietudes en cuanto a que el Consejo simplemente continuará representando los intereses limitados de determinados sectores y no logrará generar una visión coherente de los derechos humanos, innovaciones verdaderas y un cumplimiento universal de los estándares y normas.

Todos los Estados debieran manifestarse con mayor frecuencia, en forma individual, respecto de temas fundamentales de protección de los derechos humanos, en lugar de intentar lograr un consenso regional en base a un mínimo común denominador. En último término, es deber de cada país actuar conforme a las obligaciones que han aceptado como propias. La labor del Consejo no debiera consistir solamente en utilizar su poder de convocatoria y de presión para impulsar a los Estados a hacer efectivos los derechos humanos. También debería ser un punto de encuentro en el que puedan confluir distintos intereses, inquietudes y experiencias tanto nacionales como regionales, se puedan conciliar y, finalmente, orientar hacia un bien común superior.

Este enfoque es indispensable para respetar el propósito de la Declaración Universal y garantizar que las futuras generaciones estén mejor equipadas para defender sus principios universales y, finalmente, poder celebrar el logro cabal de su elevada visión.